

infantiles en la penumbra del Cotanillo, o en la anchura de la Llaná, metido en alguna pelea a pedradas por robar unos costeros de oliva. De cuando en cuando, de entre la borrosa maraña de recuerdos, emerge una fogata calcinada antes de tiempo por decisión de una mente traviesa. La candelaria nos acercaba al terruño y nos hacía comulgar con nuestro entorno. Codo con codo, entre juegos y peleas, tropezones, porcinos y risas..., nos hermanaba con cada uno de los rincones de nuestra geografía más cercana. La mágica umbría de las Migaldías nos envolvía bajo su manto verde y nos vendía esperanzas que igual nunca llegaron; suspirábamos ante el enigmático silencio que desprendía el hoyo de la Cueva de la Mona mientras esculpíamos un corazón en el Peñón Gordo; y nos atenazaba un miedo atroz con solo escuchar el nombre de la *Encantá*, un disparate de señora que enjuagaba sus pecados en las oscuras aguas del Pilarejo. Corríamos sin tino ni dirección por la Piedra Escurridera, un berrocal de fantasmagóricas figuras rocosas, y nos empapábamos con sueños vanos en el arroyo de la *Zalá*... Nos hacíamos con cada rincón de nuestra tierra, lo domeñábamos y lo respetábamos. Las últimas ascuas traían juegos de barro viejo, cantos y bailes de sierra y renacer, noches de alboroto y tradiciones ancestrales hoy pisoteadas por una modernidad malentendida, por un egoísmo que atenta contra la comunidad y el uso común de la tierra, que ya nada quiere saber de raíces... En el recuerdo, se escucha el eco de campanas que doblan por unas formas de entender la tierra que se apagan. Hoy casi todo son cenizas, noche y desmemoria. Quizá y por todo, siempre, tras la euforia y sin falta llega la noche más cruda.

Con los años, aquella noche, la de la candelaria, se hizo más larga. Al jolgorio de la lumbre, sin apenas trance, dieron paso las obligaciones que imponía la nueva realidad. Y así, tras la fiesta de la víspera, la madrugada de San Blas gestaba cientos de rosquillas, las de la greña en la tética, que, por entonces y como diría mi abuela Pura, eran el mejor remedio para cualquier mal de garganta..., y quizá para la desmemoria.

Al final de todo, cuando podría parecer que la noche medra y se hace eterna, entonces, sin falta, llegará el nuevo solsticio, mudará la escena y se tornarán los intérpretes. El ciclo de la vida volverá a girar sin preguntarse razones: *Deus sol invictus*.

José María Cantarero Quesada

En el Cotanillo —Baños de la Encina—, 2 de junio de 2021